

UNA vida de persecuciones, cárceles, amarguras y decepciones, lleva a una miliciana a refugiarse durante el franquismo en Los Pastoreros, un grupo religioso que cultiva la tierra en comunidad, en Fuente Vaqueros. Francisca Puente García tiene ochenta y un años. Es alta, delgada, con la mirada profunda de una luchadora, Pasionaria a su manera, revolucionaria anónima, de pueblo, allá junto a Sierra Nevada, en Güejar Sierra, donde desde niña trabajó en el campo y por querer vivir de la tierra sufrió un larguísimo cautiverio hasta encontrar otro pedazo de tierra donde reconstruir al menos la esperanza.

«Es una historia... Porque verdaderamente mi vida ha sido amarguilla siempre. Algunos jóvenes han venido a que les cuente estas cosas de mi vida: -Venimos a que nos diga algo de usted... Y así cogemos fuerzas para seguir nosotros adelante.

Yo, aunque ya soy muy mayor y estoy muy decepcionada, todavía tengo esperanzas. ¡Cuánto me alegraría yo si algún día estos jóvenes logran cambiar lo que nosotros no hemos podido!

Mi vida, desde luego, es una historia. Siempre lo mismo, queriendo trabajar tranquilamente en la tierra para comer y vivir en paz. Los niños de mi pueblo, Güejar Sierra, teníamos la idea de que ya veníamos *sellao*s, que unos teníamos que ser muy pobres y otros muy *veneros*os. Yo pensaba eso, y no he disfrutado ni en mi niñez, ni en mi juventud, y ya después...

La primera vez que yo fui a la capital, ¿qué tendría yo?, muy pocos años... Fuimos con una bestia y llevábamos un pucherillo con fritaila para comer. Y yo, en vez de fijarme en los escaparates, la vista se me iba para los cafés. Veía allí a unos hombres sentados y me decía: ¿si sabrán estos lo que es trabajar, si sabrán estos cómo se gana el pan? Nosotros sí que lo sabíamos.

Eramos seis hermanos trabajando en el campo. Casi medio año nos tirábamos en una dehesa, por la otra parte de Güejar, ya cerca de Guadix. Nosotros trabajábamos en subarriendo. Trabajábamos de sol a sol hasta caer molidos. Y todo el beneficio se lo llevaban el arrendatario y el amo. Y nosotros allí en la flor de la vida. Ni diversiones, ni malgaste de ná, siempre trabajando. Ya entonces nosotros mismos decíamos en la casa:

-Hay que ver la esclavitud que tenemos.

Cuando nos dimos cuenta nos hicimos grandes, sin más distracción que el trabajo del campo, viendo como nuestros frutos, todo nuestro esfuerzo, se lo llevaban otros.

Cuando me casé, nos fuimos a otra laborcilla... Son tantas las amarguras que tengo de estas fechas. Sembrábamos una miseria. Cuando llegó la República, pensamos que ya no se





«Los pastoreros vivimos con mucha sencillez... Yo encontré algo de lo que buscaba.»

LA REVOLUCION PENDIENTE DE LA PASTORERA DE FUENTE VAQUEROS

ANTONIO RAMOS ESPEJO

aprovecharían más de nosotros. Ya empezó nuestra tragedia cuando creímos que ya tendríamos las leyes que esperamos los obreros. Pues, no. El poder en nuestros pueblos seguía en manos de los caciques. Y cuando mi marido votó por las izquierdas, en venganza lo echaron de la labor. ¡Ay, madre mía! ¿Es que no había leyes para que pudiéramos defendernos? Como pasa y pasará mientras que el mundo sea mundo, no íbamos todos a una. Siempre los chaqueteros, los chaqueterillos..., que hace que nos dividamos y se reían de nosotros. Yo estuve como loca, localizando una chota que teníamos, para venderla y pagar el viaje a Granada del abogado que nos iba a defender. Lo perdimos todo... el trabajo y la semilla que habíamos sembrado. Ganamos el juicio, lo volvimos a perder..., pero, ¿cuál había sido nuestro delito?

Otra vez nos veíamos mi marido y

yo, y nuestros tres hijos pequeños, en la calle. Si es que no teníamos posibles... hasta que nos ayudaron a sembrar en otra tierra, que nos pusimos a labrar los obreros. Bueno, pues ya parecía que estábamos asentados en la tierra para poder comer, cuando una mujer llegó corriendo a decirnos:

—¡Escuchad...! Unas parejas de guardias civiles vienen a detener a nuestros maridos, que están en las dehesas. Que vienen por nuestros maridos... ¿qué hacemos?

Entonces yo me planté y les dije:

—¡Mirad...! Lo que no vamos a hacer es escondernos debajo de las chimeas.

Yo tuve también una idea. Le dije a Pepe, ni niño, que se fuera a casa de mi madre a decirle que teníamos ese problema y que los niños se quedarían con ella. Yo me despedí de mis hijos como si ya no volviera más a verlos. Total que después me dirigí a

las mujeres, seríamos unas quince o veinte:

—¡Escuchad...! Vamos al ayuntamiento. Si vienen por nuestros maridos tendrán que pasar antes por encima de nuestros cadáveres.

Nos fuimos a ver al alcalde. Y le advertimos que pasarían antes por encima de nuestros cadáveres. Nosotras llevamos palos y piedras; esas eran nuestras armas.

—¡Irse tranquilas—, nos dijo el alcalde.

—Pues eso es lo que deseamos.

El alcalde llamó al gobernador y éste le dijo que no había mandado al pueblo a los civiles. Los guardias nos vieron a nosotras que estábamos dispuestas a todo. Cuando ya el alcalde les comunicó la contestación, los guardias se marcharon para abajo. Los hombres y las mujeres se fueron al centro a celebrar lo que habíamos conseguido. Yo me quedé en mi casa, porque no me gustan los alardes. No quise que me nombraran ni presidenta ni ná... Yo dije que lo que había que hacer era estar dispuestos a todo. Pero, ya me tenían fichada. Los caciques mandaron a los guardias civiles para ver, dirían ellos, si les damos un escarmiento y se ponen más suaves.

A mí, me tenían ya *enfilá*. Y otro detalle que influyó para que me persiguieran tanto cuando estalló el Movimiento, fue una conversación con el cura.

Las beatas me tenían ya los pasos contados. Una vecina mía, socialista, me dijo que estuviera con ella porque

LA PASTORERA

el cura iba a su casa a confesar a su suegra, que estaba muy grave. Llegó el cura y empezó a dar vueltas por la casa, preguntaba por la enferma y decía también:

-Hay que ver como están las cosas. Y son las mujeres... las mujeres las que tenéis todo el lío formado porque habéis dejado de ser cristianas y ya no vais a misa.

Como lo decía por mí, yo le contesté:

-Oiga usted, yo soy cristiana, yo soy creyente, yo estoy muy *partica* de trabajar. ¿Y sabe usted lo que le digo? Que yo tengo un hijo y quiero que sea honrao, pero que también sea capaz de defenderse para que no le pase lo que a su padre, que se está dejando el sudor y la vida y nunca tenemos una peseta para dar de comer a nuestros hijos. Mire usted, yo voy a ir a misa y voy a confesar. Y después le voy a decir: mire usted que me encuentro aburría, que mi marido es muy trabajador, muy honrado, no es borracho, y seguimos sin poder comer. Y entonces me contestó:

-¡Que le vamos a hacer!

Que qué le vamos a hacer... Pues que yo estaba desesperada. Y tentámos que hacer algo. Y eso que yo,

antes, era de las que sentía la campana de la iglesia, y cogía a mi niño y me iba corriendo. Yo no sé lo que hay o no hay más arriba. Lo que tenemos que hacer es lo que yo he dicho siempre: defender lo que tenemos a la vista. Porque yo creo que con la fe que yo me eché a la calle, una mujer inculta, sin conocimientos, pero con muchísima fe... Si todos hubiéramos actuado así, el obrero no hubiera sufrido tanto. Nadie, ninguna fuerza, hubiera detenido al pueblo. Pero, el uno sale por aquí, el otro por allá, el otro... Los limpia chaquetas. Y nosotros, los que pagamos el pato. Como mi marido... Y eso no sé me podrá olvidar nunca. Si a Pepe lo mataron fue porque no me pudieron coger a mí. ¿Qué delito había cometido mi marido? Ellos iban por mí... Y no dejarían de perseguirme.

De manera que fue entrar los nacionales y nosotros tener que salir corriendo a refugiarnos al cortijo de un hermano de mi marido. Mi suegra, que estaba paralítica, se habla quedado en el pueblo; y al otro día, mi marido me dice:

-Mira, yo voy a llevarle una botella de leche a mi madre. ¿Cómo la vamos a dejar allí sola?

Y yo, ¿qué le iba a decir? Si era su

madre. Cómo le iba a quitar de la cabeza, Dios mío... Y no lo ví más. Lo cogieron. Entonces, le dije a mi Pepe, que ya tenía once añillos:

-Como eres un niño, tu pasarás desapercibido. Ve a ver si tu padre está preso.

Cuando mi Pepe estaba viendo a su padre en la cárcel, ya venían a cogermé a mí. Pero un sobrino mío corrió a avisarme:

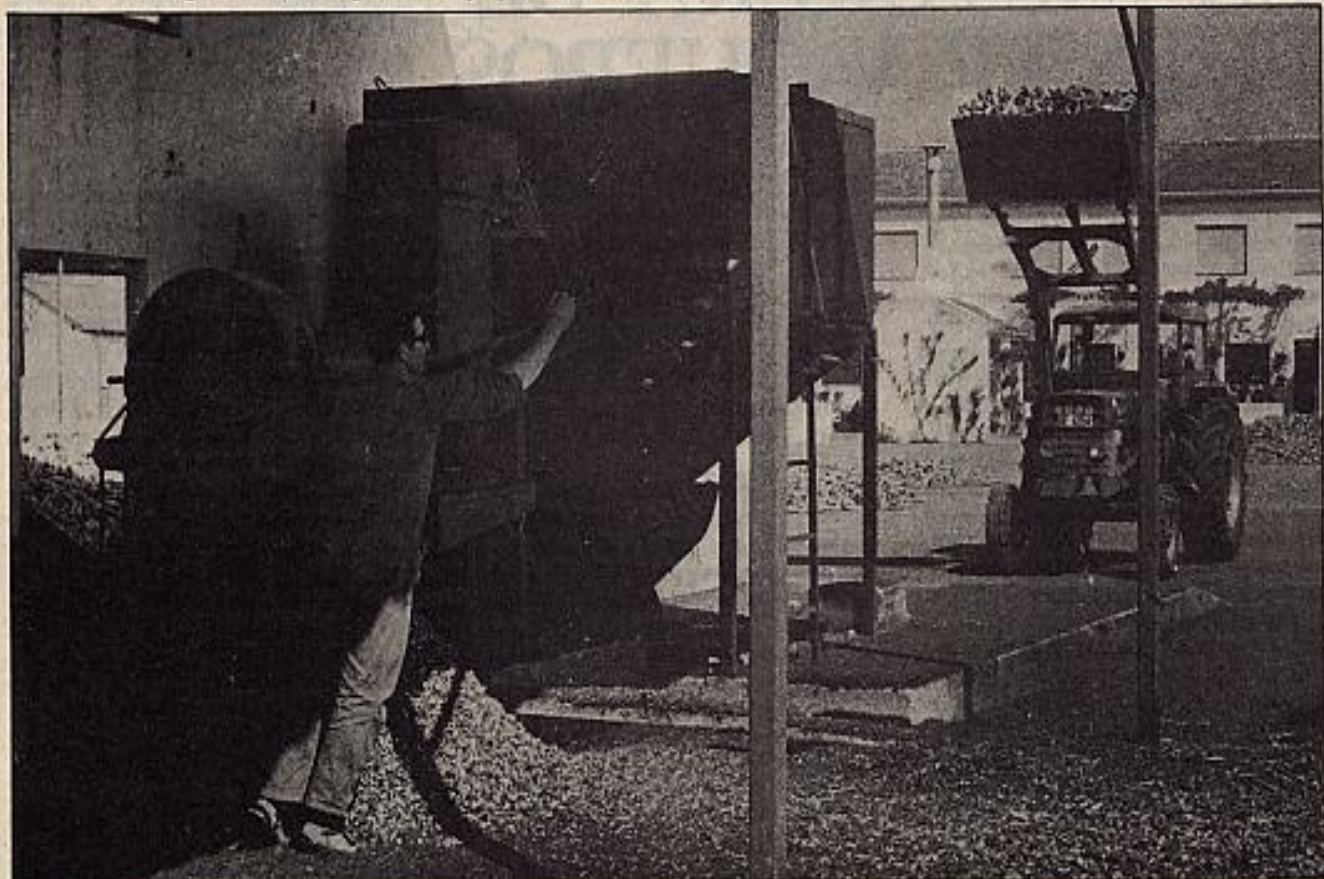
-Tita, que vienen por ti.

Yo me encontraba con mis dos niñas chicas, María, que siempre ha estado enferma, y Josefa; y mi Pepe, que también estaba fuera. Yo no sabía qué hacer.

-No te apures, deja aquí las niñas y tu vete con mi hijo al Tocón de Quéntar, -me dijo mi cuñado.

Entonces, pensé que más valía dejar a las niñas con su tío, que no arriesgarnos a morir todos por ahí. Mi cuñado me dio un palo y una manta. Me acerqué a la cama donde tenía las niñas acostadas, las besé, yo creía que por última vez, y les dije que iba a echarle de comer a los marranos y que volvería pronto. Mi sobrino, que tenía unos veintidós o veintitrés años, echó a andar conmigo. Y cuando íbamos por un sitio que le llaman los Lantéjares, me dice:

*«Hoy somos de trescientos cincuenta a cuatrocientos pastoreros, de los que doscientos cincuenta estamos en la cooperativa.»
Molituración del grano en la cooperativa agropecuaria «Santiago Apostol.»*





-Qué alegría tengo por haber puesto en camino de salvación a la tía que yo más quiero.

-Pero, ten cuidado tú a la vuelta, no sea que te cojan.

Como que lo cogieron...

-Que yo quiero dormir como los gallos, en lo alto, al aire libre, que yo no quiero dormir bajo techado, no sea que vengan... -le decía yo a mi familia del Tocón.

Mientras tanto, mi cuñado se llevó mis niñas al pueblo. Y mi Pepe, al saber que iban los nacionales al cortijo, se fue para allá; cogió los animales, separando en dos grupos a los que tenían encerrillos, que los mandó para el pueblo, y con los otros, que no hacían ruido, se perdió por el campo, en busca de su madre. El niño llevaba una cinta roja, por si veía a los republicanos; y una medalla, por si se tropezaba con los fascistas. ¡Qué ingenio de niño...!

Yo me había puesto a colaborar con los milicianos del Tocón. Pero, un día, en qué mala hora, me dieron la noticia de que a mi marido lo habían fusilado. Fue un seis de septiembre de 1936. No se me olvidará... Y también fusilaron a mi cuñado, al que se

había quedado con mis hijas, y a su hijo... A siete mujeres mataron. Y yo era la que estaba en cabeza... Y hombres, yo qué sé cuantos. De la provincia de Granada, en Güejar y Padul fue donde más gente murió.

Un día oímos la aviación enemiga en el Tocón. Y corrimos a refugiarnos. Yo no sabía lo que hacer, yo quería morirme, era un desastre... Entonces, me metí en una cueva, en el campo. No comía, nada más que esperando morir allí sin más esperanza. ¿Para qué quería yo vivir? Si habían matado a los míos y tenía perdidos a mis hijos. Hasta que una matrimonio del Tocón, una familia de derechas, pero gente buena, trabajadora, me vio allí y les dio mucha compasión, porque además ya me habían visto por el pueblo.

-Yo no quiero vivir -les dije-. Dejenme aquí..., que yo me quiero morir.

-Pero mujer... Usted tendrá que comer algo, que no la podemos dejar aquí. Mire usted, hemos oído que en el Tocón hay un niño que está buscando a su madre. A ver si es el suyo...

Entonces, yo reviví. Saqué fuerzas

LA PASTORA

-Todavía hay esperanza para el milagro de un mundo mejor para los obreros.-

de donde no las había y me eché a correr por aquellos pechos abajo. Y al llegar un rastrojo, vi a mi Pepe, que parecía un pollito perdiz perdido por allí. Le dio una voz... Y al encontrarlo, al lado de una acequia, que él me ayudó a saltarla, nos dimos un abrazo tan fuerte que se nos cortó el habla.

Nos fuimos al Tocón, que era donde no podíamos correr peligro. Allí me presenté otra vez a los milicianos, pero ya para que me militarizaran. Yo lavaba, cocinaba y mi niño, conmigo, hasta que ellos me dijeron que se lo querían llevar a Gaudix. Y allí se fue y lo trataron con mucho cariño. Después lo llevaron a Alicante, a Cartagena, hasta que ya entrada la guerra, nos pudimos ir con otros familiares a Cogollos de Guadix, donde lo puse en la escuela. Y un día, el niño, escribió un poema que decía: *"Retumba el cañón en la sierra / es el cañón invasor / que a la bandera española quiere hacerle una traición. / Es el invasor fascista / que a España quiere coger / para que la clase obrera / no deje de padecer. / Pero el bravo miliciano / que en las trincheras está / no le teme a la invasión / que amenaza con matar / y esos bravos milicianos / no les dejarán pasar / porque tienen por derecho / defender la libertad."*

Pero, y como el maestro de aquel pueblo, era un infiltrado, como después supimos, y comunicó a mi pueblo, a Güejar, que vigilaran a ese niño que tenía unas ideas...

En la columna Maroto pase la guerra. Y allí vi cómo se dividió la columna, como ni siquiera había acuerdo... Eso sí que me apenaba, eso sí que tenía envergadura. Una historia..., divisiones entre socialistas, anarquistas, comunistas... ¿Y no luchábamos todos por una misma causa?

Cuando terminó la guerra me llevaron a la cárcel de Guadix. Por fin, me cogieron. Mis hijas estaban en el pueblo. Primero estuvieron con su abuela y mi cuñada. Luego, a mi María la recogió una familia del pueblo. Y a mi Josefa, al terminar la guerra, la prepararon los papeles para internarla en Auxilio Social de Granada. Mi Pepe volvió al pueblo y trabajaba el pobre en lo que podía, y de vez en cuando venía a verme a la cárcel, andando desde el pueblo, con una poquita comida para su madre.

En la cárcel pasé de todo tipo de calamidades, miedos... En más de una

LA PASTORERA

ocasión vinieron por mí. Una vez, en lugar de Francisca, pusieron Francisco, y en colaboración, con gente que había allí, que nos arropábamos unos a otros para librarnos de la muerte, no me llevaron. Otra vez, fue el doctor Salvador Martínez Laroca, cómo me gustaría que este hombre viviera... Era de Almería y estaba allí de médico, pero también tenía una pena de muerte encima. Pues vinieron a llevarme. Entonces, él se enteró y le pidió a un cortijero que le llevara tripillas de gallina. Se sacó sangre de sus venas y me daba tripillas con sangre para que yo las masticara y pareciera que tenía vómitos. Así consiguió librarme, hasta que ya salió el juicio. Me acusaban de haber hecho todas las barbaridades del mundo, de haber estado en pueblos que ni conocía... Total que de la pena de muerte se quedó en treinta años y un día. Eso fue lo que me dijeron; mi hijo Pepe precisamente, que lo dejaron entrar, porque yo me quedé sorda. En 1945, por el decreto de los treinta años, salí en libertad.

Hacía nueve años que no veía a mis hijas. Ya estaba en libertad. Y no podíamos volver al pueblo, ni vivir de la tierra.... Nos metimos en una cueva, en el Barranco de los Naranjos, donde nos dieron cobijo mis sobrinas. En dos habitaciones vivíamos nueve personas. Con nosotros se vino también a vivir la Niña Rubia, una muchacha, compañera de la cárcel, que, al salir, se vio sola. Eramos muy pobres, vivíamos en muy malas condiciones, pero contentos porque estábamos juntos. Mi Pepe empezó a trabajar en la construcción y yo en la limpieza. Conseguimos otra cueva en el Barranco del Abogado; y luego, una casita un poquito mejor... Con una olla nos arreglábamos para comer.

Hasta que un día, una familia de Güejar, vino a decirnos:

—Mira que nos hemos enterado que hay una gente muy buena, que se ayudan unos a otros, que predicán el bien de todos, y...

Entonces, yo pregunté:

—¿Van a misa?

—No.

—Pues entonces, eso me convence a mí más.

Eran los Pastoreros. Se llamaban así, nos llamamos, porque el fundador, José Castillo Bravo, era pastor, un hombre muy sencillo, que se puso a predicar el bien. Yo no llegué a conocerlo porque murió en 1931. Luego, siguió predicando Manolo Robles, que hoy es el presidente de la Cooperativa. Aquellos hombres y mujeres habían conseguido una parcela

en tierra de Fuente Vaqueros. Y algunos de ellos se fueron a cultivarla y a vivir en comunidad.

Nosotros empezamos a reunirnos con Los Pastoreros, que estuvieron perseguidos. Bueno, mis hijos tuvieron que ir a Comisarías. Pero en Los Pastoreros encontramos un refugio. Y unas ideas, como todas las cosas tiene sus fallos, pero que a mí me llenaron. Al final, conseguimos volver a trabajar en la tierra, que era la ilusión de nuestra vida. Yo, no... Ya no podía trabajar en la tierra. Pero, cosía sacos, me sentía útil, y mis hijos trabajaban.

Los Pastoreros vivimos con mucha sencillez... Yo encontré algo de lo que buscaba. Había vivido tantas calamidades, persecuciones...; y las divisiones en la guerra, que las he seguido viendo después, que con Los Pastoreros, pensando en el bien de la Humanidad, me sentía mejor.

Pero, yo sigo pensando mucho. Todos los días doy paseos por el patio de mi casa, entre las flores, y no

pienso en otra cosa que no sea en la manera de que el mundo de los trabajadores, que hemos padecido tanto, salga adelante. Y veo que están cada vez más divididos, y yo que me desespero, y algunas veces se me viene a la cabeza que se podrá hacer la revolución en el mundo... Y si yo pudiera, pero ¿dónde voy ya con ochenta y un años?, haría lo posible para hacer ese milagro.»

Manuel Robles, el gandhi de Los Pastoreros

«El pastorero cree en el sistema de la reencarnación, que muere y vuelve a nacer. Su línea es ver la forma de limpiar su camino en la existencia que vive. El pastorero sabe que el mal o el bien que aquí haga repercutirá mañana. El pastorero ve el materialismo

Frases sueltas de los Pastoreros

Piensa que la vida se te va y en una comedia has actuado.

Todo lo que fuiste, pues serás campo de cipreses encantado.

Antes de llegar a la traspuesta puedes enseñarte a recoger, debes para eso sembrar eso que deseas para después.

Si te enojas porque no te agradecieron lo que hiciste por aquel, no digas que lo hiciste mirando hacia arriba, sino hacia abajo.

Si crees que la razón es tuya puedes estar seguro que estás equivocado.

A veces las alabanzas que te dan pueden ayudarte a ascender, pero los aplausos pueden hacerte bajar si te lo llegan a creer.

La vida es una comedia y cada uno representamos un papel con arreglo a nuestras condiciones. ¿Crees que has ganado un puesto de honor en el corazón de tus espectadores?

Crear en Dios no es pedirle bienestar ni beneficios propios, es respe-

tar toda su Creación y aceptar noblemente todo lo bueno o lo malo que El se digne mandar.

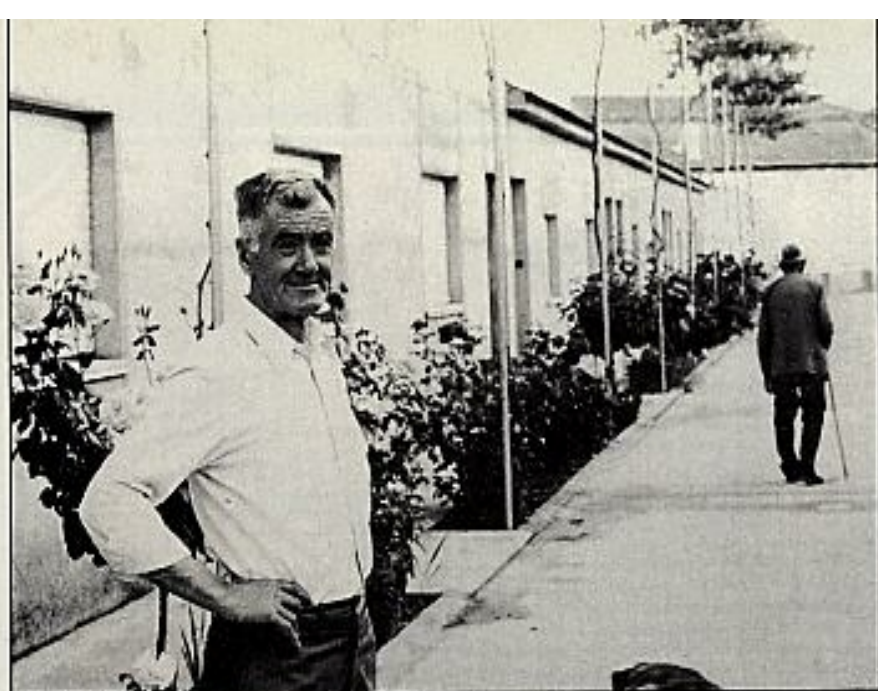
La primera batalla que has de ganar en la vida, es la que sostengas contigo mismo, sino consigues dominarte, no esperes alcanzar muchos triunfos en lo que pretendas realizar.

Si te merezco agradecimiento no me alabes, pídeles a Dios que me ilumine para que haga otro lo que hice por ti.

Cuando llamen a tu puerta, contesta, que otra puerta se abrirá cuando tu llares a ella.

Si quieres que los que te rodean sientan estímulo por ti, antes tienes que sembrar tú esa semilla, como no lo hayas sabido ganar, aunque te lo demuestren es fingido.

¿Cuál es el secreto y evolución de esta cooperativa?: Trabajo, economía, abnegación, constancia, celo, sacrificio, estímulo, honradez, capacidad, generosidad y espiritualidad.



«El Padre Pastor nos puso en el camino de una creencia, como hizo Gandhi. A nadie le dijo tú eres el mejor», afirma Manuel Robles, cabeza visible de Los Pastoreros.

de una forma fría y le presta mayor atención a la espiritualidad», dice Manuel Robles, cabeza visible del movimiento espiritual de *Los Pastoreros*. Manolo, nombre familiar y ejemplar para los cooperativistas andaluces, es además del Gandhi de la comunidad, el puntal fuerte de la Cooperativa agropecuaria «Santiago Apóstol», la más importante de Andalucía. A Fuente Vaqueros vienen cooperativistas de todo signo político, muy especialmente socialistas y comunistas, a aprender de la obra de estos hombres. En sus grandes naves dio el PCE el primer mitin comunista de la Vega, con Ramón Tamames; les siguió, Felipe González; y, por último, también vino a captar su voto Antonio Jiménez Blanco. Pero, ellos al margen de su religión y de su cooperativa, políticamente funcionan a su aire, con el voto libre y secreto.

«Los pastoreros aún no tienen conciencia exacta —explica Manuel Robles— de lo que era el Padre Pastor, José Castillo Bravo, que nació en Los Berchules, un pueblo de la Alpujarra granadina. Este hombre se dedicaba a guardar ganado, era un pastor, sin haber ido nunca a la escuela; por lo tanto, analfabeto. A los 68 años empezó a descubrir un misterio que lo transforma, una inspiración que hace que hable del amor y de la justicia, de cosas que no sabía nadie. Sería muy largo relatar todo su pensamiento, enmarcado en un pensamiento cristiano, predicando el amor al prójimo. En sus mensajes ya inculcaba un sistema de colectividad, de la unión de las personas, de las familias, para trabajar juntos. La gente que lo escucha en aquellas fechas, por el 1912, no lo comprenden. Sigue predicando hasta su muerte en Granada en 1934

y son miles y miles de personas las que lo escuchan.

«El Padre Pastor decía, por ejemplo, cuando tú tengas que aventar tu parva que vengan los del pueblo a ayudarte y después tú les ayudas a ellos. Le llegó un hombre, que se quería operar de dos dedos, que tenía unidos en la mano derecha. El Padre Pastor le cogió los dedos, le demostró que los movía bien y le preguntó: «¿te molestan para trabajar?» «No», le contestó. Y el Padre Pastor le dijo: «Pues entonces no te operes».

«Se le presentó una vez una mujer mayor en su casa. A la mujer se le había muerto un hijo y se había impuesto como sacrificio llevar una soga de esparto crudo, atada a la cintura. Nadie sabía que aquella mujer llevaba la soga. Cuando se despidió, le dijo el Padre Pastor: «Hija, quítate eso...». La mujer se quedó sorprendida.

«En todas sus conversaciones, el Padre Pastor hablaba mucho sobre la reencarnación y el amor. No había camino más claro que el que él aclaraba sobre el cristianismo: amando a los demás. Cuando él murió muchos de nosotros lo seguimos.»

—¿Usted le conoció?

—Yo, no; mis padres. Yo desde pequeño buscaba a Cristo en algún sitio. Acepté las enseñanzas que mis padres habían recibido de aquel hombre y yo lo seguí. Después, llega el tiempo en que los consejos del Padre Pastor dan su fruto, cuando en 1955 se crea el grupo para trabajar juntos, uniendo las tierras y el trabajo. El principal caudal que nos dejó el Padre Pastor fue la espiritualidad. A los diez años, nace la cooperativa. Y vemos que todos los caminos se nos abren de par en par porque ponemos en práctica, en los tajos, en el comportamiento

con los demás, la espiritualidad que heredamos.

—¿Se siente usted el representante del movimiento espiritual que les dejó el Padre Pastor?

—Aquel hombre decía que cada día que despertamos vamos a una escuela, en la que se presenta el mal, el bien, y las personas se distinguen en esa lucha diaria. A nadie le dijo esto es lo mejor, ni tú eres el mejor. A nosotros nos puso en el camino de una creencia, como hizo Gandhi. Y unos le siguen de una manera y otros de otra. Hoy somos de trescientos cincuenta a cuatrocientos, de los que doscientos cincuenta estamos en la cooperativa. Pero también hay miles de personas que escucharon al Padre Pastor y lo siguen.

—¿Qué cultos tienen?

—Nosotros tenemos lo que llamamos escuelas: cada diez o quince días nos reunimos una par de horas después de cenar y hablar de las enseñanzas del Padre Pastor.

—¿Ustedes están dentro de la Iglesia Católica?

—Cuando nace un niño pastorero se le bautiza y cuando se muere un pastorero se le entierra como un católico. Pero nosotros no vamos a la iglesia. Nuestra línea es diferente. El pastorero practica su religión no en la iglesia, sino en la calle. Nosotros vemos a Dios en todas partes.

—¿Sigue el celibato entre los pastoreros?

—Sobre esto quiero aclarar que lo único que dijo el Padre Pastor es que con el celibato se tienen más posibilidades de trabajar por el prójimo. Hay pastoreros que se han ido casando. Hace poco se casaron tres parejas de pastoreros.

—¿Ustedes creen en la reencarnación, ¿podría citar a algún personaje reencarnado?

—Mira yo cito en un libro que voy a publicar, por ejemplo, el caso de Isabel la Católica.

—¿Qué le pasó?

—Pagó una deuda por haber permitido el viaje de Cristóbal Colón a América y como responsable de sus malas actuaciones allí se reencarnó en noventa años de mendicidad en Francia.

—¿Hacia donde camina el mundo de los pastoreros?

—Hacia una transformación apocalíptica, tal como está puesto en la Biblia. El pastorero vive en esa creencia. Y el pastorero la meta que lleva es perfeccionar el trayecto de su existencia para el día que tenga que marchar estar preparado porque sabe que va a algún sitio; que no desaparece. ■ A.R.E. Fotos: Pepe Garrido.